

Alberto
Peralta
objetario



mirvada

2007 © Alberto Peralta de Legarreta

La reproducción de esta obra se permite
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*



Consulta la última página para conocer esta licencia.

Objetario

Alberto Peralta de Legarreta

calles

Nadie tendrá el descaro suficiente para negar que la calle es el más pisoteado de todos los seres. Con toda su extensión (imaginemos que todas las calles son, en realidad, *Una*), que alcanzaría para darle la vuelta al mundo innumerables veces, su dignidad no es mayor que la de una hormiga bajo el zapato. Al menos la hormiga morirá mientras la calle debe soportar día tras día la vejación que le produce una cantidad incalculable de automóviles (que además de ir, vienen) al transitar sobre ella. Y qué decir de todos esos inconscientes transeúntes que ensucian el ya de por sí desaseado rostro de la calle con injuriosos escupitajos; basta ver su comportamiento para deducir el odio infundado que sienten por la cinta asfáltica, que nada puede responder; ni siquiera ofrecer cristianamente la otra banqueta a su agresor.

Esa humildad que tan poco apreciamos, esa virtud de soportar repetidamente nuestro maltrato a su persona, nuestro indolente desprecio a sus capacidades, son los factores que hacen de la Calle un mártir de primer orden —un mártir sin voz, por cierto— que cumple su pesada tarea sin mayor remuneración que la de los deficientes servicios de bacheo o las obras de ampliación, labores que sin duda sólo prolongan su dolor. No son pocos, sin embargo, los que acostumbran orinarla, lanzarle baldes de agua sucia y envolturas plásticas. A ellos debe la Calle su odio recalcitrante a la sociedad; a esos diminutos y despreciables seres que le dan una existencia denigrante y a los que, sin embargo, se ve en la imposibilidad de castigar.

Pero las Calles esperan pacientemente a que llueva. No lo hacen por verse lustrosas o renovadas, pues hace mucho que perdieron todo asomo de presunción. La lluvia es portadora de venganza. Es bajo las gotas que la Calle disfruta los resbalones de la gente, deseando con fervor que su desenlace sea fatal. Asimismo, dejando que el agua fluya continuamente por su rostro, la Calle espera con paciencia el momento de los frenos mojados de un auto o el angustioso deslizarse de sus llantas lisas antes del impacto. Esos momentos le causan efímera pero efectiva felicidad cuya máxima recompensa es el charco de sangre, ese color rojo que la Calle ambiciona en lugar del amargo gris con blanco con que le fue dado existir.

piel

Her skin remained untouched

But softly sailed to sunset

Pål Sorensen, Navigations

Como nada me lo impide, convierto su piel en todos esos mares que no conozco. Invento olas en la breve profundidad de cada uno de sus pliegues, dejando que la espuma recorra la tersa planicie de sus orillas. Navego sin prisa, impulsado por el apenas audible suspiro que se confunde con la estela de este barco de sueños, hasta su pecho, refugio de mi propio aliento. Suave arena parece fluir desde su cuello hasta sus senos, que mis manos jamás intentarían abarcar. Mi única idea de náufrago es, entonces, hincarme y besar eternamente esas tierras temblorosas de mi descubrimiento, para desde su cumbre, siglos más tarde, sentir el llamado a proseguir el viaje. La tibia marea me impulsa como si ella con sus manos trazara de nuevo el curso. Lejos, al norte, veo con claridad la agitación de su cabello, e hipnotizado por la visión, o simplemente sin deseos de evitarla, de pronto me absorbe con lentitud el abismo anunciado entre dos de los mares confluentes de su piel. Es, lo reconozco, el ahogo de la inconsciencia, del abandono voluntario de aquel que sabe que de alguna forma habrá de sobrevivir o de ser añadido a otras humedades tibias. Y allí, con todos los sentidos atrapados, perdido sin remedio en mitad de aquel incansable pero pacífico torbellino, de pronto me siento aturdido por el estruendo, por ese estremecimiento que es uno con el lejano gemir, gritar de la distancia. El abismo, su piel entera, sus mares en súbita e indescriptible tormenta, se vuelcan en un instante, justo cuando mi cuerpo, cuando los restos de mi piel acaban rindiéndose, desvanecidos y liquidados, en un intento de ser parte del océano-piel que los abraza. El relámpago final nos deja ciegos y no sabemos más de rumbos ni de horas. Tras la agitación, cada ola sumisa, exhausta, regresa a los mares su lisa textura de cristal. Abrir los ojos no lograría hacer que nos encontráramos; el navegante es ahora mar, y el mar dos mares que no saben cómo es que, fundidos, ahora son dueños de una sola piel.

fotografías

Fotografía es todo papel insignificante capaz de contener una imagen, atrapar un momento y atrofiarnos la memoria. Sin los citados atributos la fotografía será sólo un anuncio en una revista al que apenas se le concede un segundo de atención. Para que la imagen ejerza verdadera atracción sobre nuestros ojos es necesario que en ella seamos protagonistas, o bien, por lo menos, que conozcamos el lugar o el actor. Viene entonces a la mente que la fotografía se ha convertido en una especie de acta testimonial de nuestro paso por tal o cual paraje; un documento probatorio infalible y necesario que la sociedad exige y produce hasta el límite de lo ridículo.

Hemos de aceptar que las nuevas generaciones, amantes de las imágenes, pierden cada día más la memoria. A quién no le ha pasado que después de un viaje en el que se despilfarró película se llega a casa, se acomodan las fotos en un álbum y se *cree* vivamente que la foto *es* el lugar. Esa imagen estática, incapaz de guardar el ruido, el silencio y los olores experimentados, borra sin piedad lo vivido para enmarcarlo mediocrementemente. Así, ya nadie recuerda el momento, sino la *fotografía del momento*. Lo demás se habrá perdido para siempre. Uno podría preguntarse que irá a pensar un arqueólogo del futuro al hallar una fotografía de una fiesta de disfraces; escribirá tratados acerca del uso ritual de la indumentaria o de la locura generalizada que se vivía en nuestros tiempos. La fotografía, por tanto, es un vehículo que forja la historia y moldea nuestra visión del mundo; convierte en amigos a los enemigos, hermosea un lugar podrido poseedor de un único rincón aceptable, y su índole probatoria refuerza en los demás la creencia de que hemos visto mucho aunque en realidad no podamos recordar y decir nada. ¿Para qué?. Ahí están las fotos.

Pero quizás el mayor pecado de la fotografía sea maquillar el recuerdo de los muertos. Aparecen en ellas siempre tan felices, tan triunfadores y amistosos, tan intrépidos, cariñosos, guapos y rectos. Nadie guarda fotos tristes o vergonzosas ni encuadra sitios espantosos por gusto.

La culpa de que recordemos un mundo de principios de siglo en color sepia y construyamos uno en vivos colores la tiene ese diabólico invento que es la fotografía. Pero está bien. Por qué romper con esa bonita ilusión de vivir tan conscientemente engañados.

relojes

Si te callas, lo podrás oír bien. Tan rítmico. Y preciso. En un reloj, por pequeño que sea, cabrá siempre la mayor cantidad de rutina. Es su reservorio natural. Están tan llenos de ella que no les cabe más, y ahí es cuando ésta comienza a desbordarse; nos contagia y mecaniza lentamente. Ningún niño sabe el daño que se hace al aprender a leer las manecillas, no imagina siquiera el proceso de esclavitud que germina con ese regalo tan ansiado que es el primer reloj; no se da cuenta que esa curiosidad y orgullo de voltear a verlo en su muñeca se irán haciendo cada vez más necesarios, más involuntarios; al mismo tiempo quizás descubra que ya no le queda tanto Tiempo como antes, comenzará a fijarse horarios para cada actividad (antes no le importaba no llegar a comer por estar jugando) y acabará por organizarse en un mundo que dejará de ser el suyo.

Sin embargo, el drama del adulto será aún mayor. Estará subyugado a dos — en el mejor de los casos— o más relojes, y como muy rara vez éstos marcarán exactamente la misma hora, deberá decidir con cuál de ellos sincronizarse para no quedar mal (algo que normalmente sucederá con el reloj checador del trabajo que, además, siempre marca *la hora exacta*) para entonces quedar mal con el novio o la esposa, ya que está dicho que no se puede servir simultáneamente a dos amos.

Pero no quisiera satanizar al reloj, ese artefacto al que nos hemos acostumbrado y que es una necesidad desde tiempos inmemoriales. Por tratarse de un invento humano queda exonerado; no sabe lo que hace. Baste sólo decir que lo hemos dejado apoderarse de nuestras almas y cuerpos para sumergirnos en una triste monotonía acompasada; esa que hace mejor a quien haga las cosas más rápidamente (excepto el *amor*) y convierte en indeseable al pacienzudo; esa que nos hace jalarnos a diario de los pelos en mitad del tráfico y tiraniza nuestros esporádicos descansos hasta acabar con ellos.

Los relojes son cosas bonitas, ingeniosas y hasta artísticas. Son una obra admirable del hombre que de vez en cuando merecen nuestra total contemplación sensitiva. Pero no hay que exagerar. Si los oímos bien, habrá que aceptar que en cada movimiento de sus engranajes, áncoras, resortes, trinquetes y volantes se nos estará yendo, sin querer, otro poquito de vida.

espejos

Esa imagen, que de tan nuestra parece lejana, está detrás del espejo. Debe tratarse de una coincidencia el hecho de que al pasar frente a uno nos miremos dentro de él. Tal vez ellos, los que están adentro, vean lo mismo y crean también que son ellos los que viven; quizás ellos piensan, además, que somos una especie de esclavos sujetos a sus caprichos y viviendo una existencia miserablemente plana y dependiente.

Me pregunto si cuando nos miramos tristes en el espejo no es debido a la culpa de alguno de esos seres del otro lado que en realidad la está pasando muy mal; alguien que tiene la desgracia de ser igual a nosotros y coincide además al pasar frente a su espejo, ventana, hoyo en la pared, o qué sé yo qué es lo que tengan. No puedo evitar que pase por mi mente la idea de que ese ser piensa que nosotros, su imagen, es lo único que le pertenece. Tomando en cuenta que su mundo debe ser parecido al nuestro (probablemente más feliz, no lo sé), no podemos descartar que esto suceda. Aunque no creo que haya alguien capaz de aceptarlo. No estamos preparados (ellos tampoco, por fortuna) para darnos cuenta de que tal vez ni siquiera de eso somos poseedores, que esa imagen en el espejo podría ser la de alguien más que se mofa en silencio.

Por otro lado ¿Se han preguntado como yo alguna vez por qué actuamos siempre frente al espejo? es como si de pronto nos diéramos cuenta que éste nos exhibe tal como somos en realidad, que ese vidrio metalizado tiene la capacidad de sacar todo eso que no queremos que se conozca y que no nos gusta ni a nosotros mismos. Para mí, es de llamar la atención que hayamos creado un objeto capaz de *remedar* la realidad tan eficazmente, tan útil que nos ha ayudado a hacernos más soportables y nos deja disfrazarnos para continuar con esa interacción humana a la que nos hemos hecho, todos, tan adictos.

cigarros

Yo empecé a suicidarme a los diecisiete años. ¿Y usted?. Ahora mismo tengo un cigarro en la boca; ya se sabe, uno hecho con tabaco suave, *light*, de esos que lo hacen a uno sentirse menos culpable pero que inducen a fumar en mayor cantidad. El cigarro debe ser una de esas pocas cosas de las que uno puede aferrarse para intentar el escape voluntario, aunque la huida sea efímera y conduzca, quién sabe cuándo, a la salida final.

Todo esto no puede ser tan malo. Algunos gustan evadirse trabajando, otros dándose a la vagancia. El cigarro es un complemento mucho más adecuado, ya que —en la mayoría de los casos— no obstruye la actividad humana. Claro que esto implica la modificación del comportamiento del individuo y el aprendizaje de técnicas que permitan utilizar las dos manos además de fumar, como el semicierre de uno de los párpados para evitar que el humo irrite los ojos (cuya consecuencia directa son las molestas "patas de gallo", pero qué importa) o la disposición estratégica y ritual del cenicero sobre la mesa o el escritorio.

La gran desventaja es que no todo el mundo fuma, y en más de una ocasión la sola presencia visible de la cajetilla fuera de nuestro bolsillo implicará un mal gesto ajeno. Aquí quisiera señalar que el mismo derecho que tienen los demás a respirar lo tengo yo a matarme lentamente.

Estoy por terminarme este cigarro y me siento tranquilo de tener otros para más tarde, cuando después de hacer el amor venga el instante masoquista de fumar con la respiración aún entrecortada y sobrevenga el letargo depresivo de la nicotina, primer paso del sueño profundo en el que soñaré que algún día habré de dejarla para siempre.

cajas de cereal

Yo no sé cómo a nadie se le ha ocurrido explotar el magnífico nicho mercadotécnico que representa el reverso de las cajas de cereal. Porque lo más creativo que he logrado ver es que la propia marca de cereales exalte las propiedades nutritivas o el sabor de su producto. Lo demás son sólo juegos que en ocasiones pretenden ser educativos y que en la mayoría de los casos denotan que los encargados de la mercadotecnia de la compañía creen firmemente que sus clientes, independientemente de su edad, son unos absolutos imbéciles.

Pueden parecer extrañas y hasta vanas estas reflexiones, pero no lo son. Es verdaderamente raro que un instrumento de venta tan eficiente haya sido desperdiciado a lo largo de su existencia. ¿Qué pasaría si en vez de saber para qué sirve el Calcio y la vitamina A o jugar Serpientes y Escaleras con un elefante se nos informara sobre los servicios de un banco? (instituciones permanentemente desprestigiadas) Lo que pasaría es que a más tardar en semana y media —vida promedio de la caja de cereal— nos habríamos convertido en clientes incondicionales—, pues ¿quién no se sienta a comer cereal y relee inevitablemente lo impreso en la caja de cartón? ¿Cómo es que nadie se queja de leer siempre lo mismo?

Pero no se trata de hacer en las cajas las promociones de siempre, como esas que son producto de alianzas estratégicas con tal o cual marca de leche o jugo y que sirven para anunciar que sus propiedades se complementan con el cereal de marras. No, se trata de que veamos retratados en ellas productos y servicios que nada tengan que ver con el cereal. ¿No sería mucho más sensato vender ese espacio rectangular a un anunciante que necesite la atención hipnótica que ejerce la caja del cereal para dar impulso a sus productos? (recordemos que existen personas que no se levantan de la mesa hasta no lograr la satisfacción de ver que la leche y el cereal en el plato se terminan simultáneamente) ¿Cuántos hogares que no mantienen la televisión o el radio encendidos durante el sagrado acto de comer releerían *ad infinitum* un mensaje que podría quedar indeleblemente grabado en su lista de necesidades creadas por la mercadotecnia? (Nota. No ignoro que "La Mercadotecnia no crea necesidades, sino que las refuerza". Otra cosa es que yo sea tan infantil para creerlo).

Es una lástima que un instrumento tan poderoso permanezca inexplorado. Sobre todo porque los consumidores seguiremos sumidos sin remedio en los mensajes de *Recorta y Pega* o creyendo con firmeza que esos objetos porosos y coloridos que salen de la caja de cereal contienen en realidad el 20% de nuestros requerimientos diarios de 12 vitaminas y Hierro.

agua

He oído decir que el agua lava la carne, que en su fluir desde adentro acompaña y manifiesta humildemente las tristezas, las más inesperadas alegrías; que abre a los hombres por primera vez las puertas del cielo, que viene de las alturas, que brota del interior de los cerros, que es un dios de vida, que no sabemos escuchar sus gritos de locura en la brisa del mar o el lecho de las cataratas, que sus torrentes cristalinos son las venas de la tierra fluyendo con lentitud, que es inasible a pesar de traerla presa en nosotros mismos, que existe en una luna de Saturno, que manó del costado roto de Cristo, que inunda nuestros ojos para no dejarnos ver el objeto del llanto, que al pasar de boca en boca se convierte en simultáneo beso, que convertida en nubes es el vigilante de la tierra, que es el ropaje intermitente de los montes, la sangre de las flores, el sudor helado de las rocas; que tornada en lluvia justifica la melancolía y consecuenta las ganas de llorar por algo, que su goteo produce la esperanza o la locura, que es la humedad que invita a que horademos tibiamente nuestros cuerpos, que su frialdad esconde muerte y despertares, que su niebla es el hogar de voces que nunca tuvieron vida y que su inmensidad está en las afueras de nuestro entendimiento.

Yo he decidido creerlo todo.

crucifijos

Pensé algo que tal vez no concuerde mucho con los principios que me fueron inculcados. Todo pasó cuando estaba dentro de un templo, sentado en una banca en mitad de la misa. Era una iglesia antigua, tenía las paredes repletas de adornos barrocos en hoja de oro y varios santos y vírgenes asomándose con candidez desde sus lienzos y nichos. El niño pequeño que estaba justo detrás de mí había estado muy inquieto durante el sermón, y su padre trataba de mantenerlo callado: "Pórtate bien, que estamos en la casa de Dios". Silencio momentáneo. "¿Y dónde está Dios?" dijo el niño. Interesante. Volteé discretamente sólo para corroborar que aquel hombre haría la clásica señal hacia el cielo con su dedo índice, pero me equivoqué, porque en vez de eso el hombre cargó al niño, se dio la vuelta hacia una de las paredes y señaló a un cristo grande, de esos que uno normalmente no quiere ver de tan ensangrentado y lacerado que tiene el cuerpo. Evidentemente había algo extraño en ese Dios, pues el corazón casi se le salía por una herida de lanza en el costado, además de tener las costillas marcadas y el abdomen tan hundido que parecía que ya no respiraba. Estaba amoratado y tieso. Entonces pensé en ese niño y en lo aterradores que pueden llegar a ser los crucifijos. Intuí que a los cristianos se nos tiene que mover a la piedad como coerción para lograr que aceptemos más de una creencia. Se nos ha ensalzado la pasión humana de ese cristo y no su misión divina real, cambiando así nuestro Amor a Dios por Lástima. ¿Cómo no sentir la obligación de pagar con buenas obras el favor infinito que Dios hizo al dejarnos destrozados a su hijo? Sentí vergüenza y concluí que para que un crucifijo cumpla realmente con su misión debe tener colgado a un ser sufriente; pienso que Dios tiene que ser más que la imagen patéticamente lastimera que nos proponen con el recordatorio simbólico de la Cruz. Y aunque un poco asombrado, suspiré con alivio al darme cuenta de que por fortuna no a todos les llega el mensaje del mismo modo: "Pero, Papá" —oí decir al niño— "Si Dios está muerto, ¿a qué venimos a su casa?". Que Dios proteja la inocencia.

pedras

Uno no puede descartar la posibilidad de toparse de improviso con una piedra, casualidad que ha venido ocurriendo desde el principio de los tiempos. Hace unos sesenta mil años, por ejemplo, alguien a quien creemos semi encorvado arrojó accidentalmente la piedra que había encontrado sobre la cabeza de algún otro homínido, consiguiendo así matarle. Quizás él mismo o sus hijos perfeccionaron después la técnica aprendida al darle filo a las piedras golpeándolas con otras, con lo que lograron herramientas para matar con mayor eficacia y obtener mejor alimento. Este acto, por el cual la humanidad dio un salto tecnológico sin precedentes, dio con seguridad paso a conceptos y descubrimientos más relevantes, pues ¿quién hubiera podido imaginar que al golpear insistentemente dos piedras se podía obtener el fuego, esa entidad tan incomprensible y venerable? De haber sucedido así, no encontraría yo tan aventurado postular la hipótesis de que la piedra es la verdadera causa eficiente de la religión o del concepto material de dios.

A continuación, aunque quizás siglos más tarde, es posible que alguien volviera a verse ante una piedra, y tomándola en sus manos, le encontrara una cierta forma que le era familiar, por lo que tal vez decidió perfeccionarla. Su dedicación dio al mundo la primera representación escultórica. Eran los albores del arte, pues el solo hecho de perfeccionar algo implica cierto grado de sensibilidad. Lo demás es historia, como se puede observar en las ruinas de casi todas las civilizaciones antiguas, en las cuales la piedra fue siempre un objeto de expresión invaluable.

Hoy algunas piedras alcanzan valores estratosféricos o poseen cualidades curativas y mágicas. Pero ¿qué las diferencia de las piedras comunes, las que encontramos tiradas en el suelo? Nada. Sólo que a alguien que se encontró una piedra parecida en el pasado —y le gustaron los destellos metálicos o su transparencia— se le ocurrió que estas propiedades la hacían necesaria y que su posesión le confería una posición social más respetable; nacieron así el primer rico y el primer amuleto.

En lo personal, me gustaría poder seguir pateando las piedras que pudiera encontrar a mi paso, pero no puedo dejar de pensar que tal vez, algún día, sucumbiré a la humana tentación de agacharme y recoger una piedra que me haga sentir un poco más feliz.

caldo de pollo

Tal vez no haya en el mundo cosa más repugnante que el caldo de pollo, ese líquido turbio en cuya superficie navegan sin rumbo gotas de grasa amarilla perfectamente diferenciadas. Incluso el cilantro ve empobrecido su verdor al encontrarse inmerso en el fluido generado por un ave muerta y hervida cuyos restos asoman hacia afuera del plato mostrando articulaciones fracturadas, expuestas, y venas coloreadas de sepia debido a la sangre, hoy cocida, que solía transitarlas en vida. A un lado, en silencio, flotan algunas verduras ahogadas cuya dureza corporal y propiedades alimenticias se han perdido para siempre.

Me es difícil dejar de creer que la tradicional aplicación de zumo de limón a tal pócima tiene otro objetivo que el de cortar el sebo, sustancia deleznable que espera en actitud francamente sádica a que la temperatura de la emulsión disminuya lo suficiente para poder conformar en la superficie una barrera gelatinosa que con seguridad cumple con la función de ser la mortaja para los despojos del animal.

Pero lo más lamentable es que, a pesar de todo esto, la mayoría de las veces hay una cuchara dispuesta a remover la garbanza y llevarla con algún trozo descuartizado del animal hasta la boca de un ser ansioso que, al mismo tiempo que traga el bocado, observa en el fondo del plato una manita engarrugada, pálida y sin falangetas que parece estar gritando melancólicamente "Adiós, hasta siempre, adiós".

sábanas

Sucedió que un día la noche cayó sobre aquellos cuerpos desnudos y fríos, y cuando ya nadie era capaz de ver nada, comenzaron a moverse; primero lentamente, resbalando sin ruido uno dentro del otro, y después rodando con tibieza entre las satinadas sombras que la noche, al cerrar los ojos, derramaba sobre ellos; así envueltos, entrelazados, los cuerpos se hundieron entonces las uñas en la carne abandonándose al terremoto que los sacudía, y volaron a un sueño en el que la noche mandó a la luna sonreír; sin darse cuenta, los dos la imitaron en silencio hasta el amanecer.

Hoy despertamos abrazados y entre sábanas en memoria de aquella noche primigenia, madre de todos los hombres. Aunque aún nos besamos, sólo vemos una luna inalcanzable, pero a pesar de habernos olvidado de cómo la noche cubrió y unió a dos cuerpos desconocidos en un lejano principio, tú y yo podemos seguir queriéndonos como la primera vez.

jabones

Me imagino que hay todavía quien ignora —y no creo estar haciendo ninguna labor social al divulgarlo— que los jabones, sí, muchas de esas higiénicas barritas de colores con las que perfumamos nuestros cuerpos durante el baño y a las cuales confiamos el destierro de gérmenes y mugre de nuestras manos, están hechos con pura grasa de animales muertos.

Quién sabe por qué avatares químicos la grasa adquiere sus cualidades espumosas y limpiadoras uniéndose al ácido sulfúrico en un proceso llamado saponificación. Nadie creería, digo yo, que al pasar uno de esos resbalosos objetos por el rostro en busca de tersura y humectación lo que en realidad hacemos es embarrarnos la enjundia de un otrora feliz perro o cerdo; que no importa la marca que compremos o las propiedades que ostenten su publicidad y su envoltura, ese jabón era hasta hace poco un ser viviente al que le fue arrebatada la existencia no se sabe de qué triste modo.

Hoy el jabón es un elemento imprescindible en los hogares del mundo y debo aceptar su infinita utilidad. Sin embargo, no puedo olvidar todos esos anuncios en los que el jabón posee cada día más propiedades profilácticas y estéticas. Ya estuvo bueno de mojigaterías y de esconder la verdad. A pesar de su precio, y por más tinturas, cremas, medicamentos y aromas que el fabricante introduzca en su fórmula, los jabones jamás dejarán de ser la asquerosa paradoja que siempre han sido.

organillos

Existen todavía en algunas plazas y calles de la Ciudad de México personas que, como hace casi cien años, llevan a sus espaldas un complejo y pesado organillo. La impresión causada por este instrumento debe ser muy diferente hoy que la de aquel entonces, cuando esos aparatos eran nuevos y tocaban afinadamente, porque en la actualidad la gran mayoría se encuentran hechos una ruina que toca canciones casi irreconocibles, que alguna vez causaron en el público alegría o ganas de silbar, y hoy causan pena tratando de emular tiempos pasados mientras los vemos desmoronarse en nuestras propias narices.

Pero hay que reconocer que el sonido actual del organillo tiene un punto rescatable, y es que, cuando uno se siente melancólico, no hay nada mejor que sentirse acompañado sin tener a alguien junto. El efecto de la música de este instrumento es parecido al que se obtiene al escuchar un viejo blues con *biss*; a través de él un espíritu triste acaba creyendo que todo a su alrededor es tan triste como él y eso lo ayuda a sentirse aliviado. Así, cumpliendo una función muy loable, el organillo llora y ve llorar. Mientras se aferra al poco tiempo que le resta, ilumina, aunque sea limitadamente, la noche de quien como yo, hoy o hace cien años, decidió salir a pasear su soledad en la oscuridad de un parque.

biblias

El libro más leído, la historia más recurrida, el anecdotario más citado, la edición más cara y más barata del mundo, el camino a seguir en la vida de tanta gente a pesar de mostrar un dios selectivo, lleno de ira, ególatra, incomprensible y abusivo es, ni más ni menos, la Biblia.

No me atrevería a decir esto sin aplicar aunque sea mínimamente la lógica, ese sentido del que al parecer carece ese dios perfecto que hace de las suyas en el libro sagrado que nos ocupa. Traten ustedes de imaginar un dios lleno de misericordia y amor por su creación pero capaz de destruirla con agua y fuego; entiendan, si pueden, a un dios que predica la humildad pero exige un culto exclusivo para él; intenten comprender a un dios justo e infinitamente poderoso que crea seres imperfectos a quienes regala la libertad y después castiga por equivocarse. El dios de la Biblia es un ser absurdo y lleno de contradicciones, capaz de crear con amor a toda la humanidad pero con el deseo expreso, al menos en el antiguo testamento, de salvar y ensalzar sólo a su pueblo elegido devastando milagrosamente y sin piedad a sus enemigos.

Al mismo Dios le ha de haber parecido todo esto tan ilógico que decidió enmendar sus actos viniendo personalmente a mostrarnos el camino de la verdad, sin notar que con ello se contradecía por completo. Los misterios de dios son inescrutables, lo sé, pero este ser se parece más a un político que a un dios, alguien que lucha desesperadamente por conservar el poder y la credibilidad sin ceder un ápice de jerarquía. ¿Cómo puede un dios sonar tan sospechosamente humano?

No tienen que hacerme caso si no lo desean; no pretendo poseer la verdad. Respeto otros puntos de vista pero expongo el mío. La Biblia es un gran libro, un buen compendio de la historia y la cultura de un pueblo que con seguridad no es siquiera el nuestro, pero aunque lo fuera, no es más que otro librito sagrado, poseedor de la verdad como otros tantos, sobre el que valdría la pena hacer al menos una mínima reflexión. Pues ni siquiera Dios es capaz de cambiar las cosas que sobre Él se han escrito.

ajedrez

Nunca aprendí a jugar ajedrez. Y no me siento mal, como pretenden muchos que me sienta ante esta incapacidad de valorar uno de los pasatiempos más originales e intelectuales que ha producido la humanidad.

Estoy seguro que la aversión que siento por el ajedrez proviene de esos programas de televisión en donde se transmitían los campeonatos mundiales y uno podía ver a Fischer o a Karpov sentados uno frente al otro, rodeados de un silencio sepulcral en una sala repleta de espectadores. Allí, cada media hora o más, los hieráticos jugadores, puño en barbilla, alargaban al fin la mano para mover una pieza y, después de reflexionarlo un poco más, hacían algún apunte en la pequeña libreta que tenían sobre la mesa.

Sería un gesto ignorante el llamar a este juego, tan popular en las alamedas y centros sociales, una basura. Simplemente acepto que no sé jugarlo, y me alegro por ello, porque me sé absolutamente incapaz de sentarme estáticamente a esperar y tratar de predecir la respuesta del contrincante, además de calcular el abanico de posibilidades que implican todas las piezas restantes sobre el tablero. Yo me inclino más por el azar y no creo en la suerte. En el fondo, considero que el ajedrez me convertiría en lo que no soy, un mal perdedor, y quién sabe, tal vez en asesino, porque sólo Dios sabe cuál sería mi reacción frente al adversario si después de dos horas o más, éste hiciera un movimiento y, mirándome a la cara con expresión de pena fingida o sonrisa mal disimulada, me dijera: "Jaque mate, mi estimado..."

embutidos

Tengo entendido que algunos de los embutidos que hoy adornan nuestras mesas son de origen relativamente reciente. Esto se debe sin duda al avance de la gran industria del procesamiento cárnico y a la creciente necesidad de alimentación de la humanidad. Jamones "Tipo York" los hay de todos tipos y calidades. Incluso hay marcas que proclaman temerariamente ser "100% de carne", aunque a los consumidores nos extraña siempre el singular color rosa de sus productos "de pierna", tan parecido al de aquellas marcas que no pueden preciarse de ser pura carne de cerdo.

La verdad es que no pueden hacerlo porque ello constituiría perder a la mayoría de sus clientes en el caso de una demanda. Y los que lo hacen son hipócritas; yo lo reto a usted a que mate un puerco, cueza y desmenuce sus carnes, preñe el mazacote resultante, lo ahúme y trate finalmente de ver si el color de lo que salga se parece aunque sea remotamente al de los jamones que, con forma oval que pretende emular la forma de una pierna y empaquetados en gruesas bolsas llenas de suero turbio, se expenden en cualquier supermercado. No apueste, porque perderá: esos jamones son color de rosa gracias a las bodas químicas entre nitritos o nitratos de sodio y la hemoglobina roja de la carne, combinación que usted jamás soñó imaginar siquiera. Y tendrá suerte, además, si logra encontrar carne fresca en su composición.

Lo que poca gente sabe es que esas delicias, que van tan bien con el pan rebanado o al horno con piña, son producto de una fórmula no muy ortodoxa. Según algunos estudios recientes, ciertos "jamones" comunes (es decir, los que compramos) están hechos con aproximadamente 60% de agua, 30% de fécula de papa y 10% de carne —créame, no precisamente de la pierna— de un cerdo muerto en quién sabe qué condiciones. Por eso, quien hace una visita o labora en una planta de procesamiento de carnes queda convidado a no probarlas nunca más. ¿Quién podría culparlos?

Así es. Habrá que reconocer que si los fabricantes de salchichas proclaman su valor alimenticio, es porque contienen todo lo que un puerco tenía en vida, sólo que bien molido y moldeado: cartílago, hueso, ojos y trompita; la piel fue convertida en cinturones o en un cotizado chicharrón y las patas sirvieron para obtener la grenetina, base de las gelatinas que tanto le gustan a nuestros hijos. No hay nada qué hacer, a menos que cada familia criara y engordara sus propios cerdos y comiera carnitas a la michoacana durante un mes entero. Pero en un ambiente tan urbano y consumista, como el que cada día nos envuelve más y más, francamente lo veo muy difícil.

nubes

Estando en la cima de la montaña más alta que he pisado, envuelto en la blancura de una niebla que parecía moverse más rápido que el mundo, descubrí de pronto que estaba tocando las nubes. El frío del silencio rasguñaba mi rostro y mis manos desnudas, pero todo era a la vez tan pacífico que hubiera deseado dejarme llevar por ella a donde fuera. Entonces pensé que aquella era mi única oportunidad para abrir los brazos, los ojos y la boca tanto como fuera posible, para ver qué tanto podíamos fundirnos aquella nube apresurada, perteneciente al cielo, y yo, un ser que siempre se ha proclamado terreno. Una vez arriba supe que es allí donde se desdoblán las tormentas y el aire se convierte en el supremo escultor de sueños móviles que viajan por el mundo, que inundan las alturas y luego descienden para morir como un remanso helado en la blancura de la alta montaña. Sentir su caricia y dejarse tocar por una nube me había parecido siempre un placer exclusivo de los aeroplanos, las aves migratorias o los barcos que han perdido el rumbo sin remedio; por eso supe también por qué el hombre, imposibilitado para levantar el vuelo, ve entre las nubes su destino último y la trascendencia. Recordé aquel tiempo en que, de niño, adivinaba en ellas la forma del objeto deseado mientras el sol del atardecer volcaba sobre ellas su furia roja al verse vencido por la primera estrella. Noté que la nube, Fugaz madre de las tempestades, se deja transportar con inconsciencia, incapaz de otra cosa que dejarse hacer el amor por el viento y amoldarse a la impredecible locura de sus caprichos.

Al cabo de unos segundos, cuando pude ver de nuevo las rocas de la cima, volteé para ver que la nube se había ido y que iba ya muy lejos, sobre otras montañas, derramando quizás toda su muda sabiduría sobre alguien más quien, como yo, jamás pensó que subiría a una montaña y luego bajaría sabiendo que había tenido la suerte de tocar la serena piel del cielo.

velas

Uno de mis más acariciados sueños es el de hacerte el amor entre velas. El sólo imaginar tu cuerpo ardiendo entre fulgores y sombras tan caprichosas como fugaces me hacen querer inundarte la habitación con veladoras y cirios para después apagar la luz y comenzar el ritual minucioso de encenderlas una a una. Entonces pienso en entornar también la ventana, dejar un resquicio por el cual el viento logre meterse y haga ondular las llamas, las haga crecer y decrecer casi selectivamente, las ponga rabiosamente rojas y azules; el calor ha comenzado a acariciar tus senos, que decidieron abandonar su color para dejarse poseer por el de lenguas vivas, radiantes y carentes de voluntad. Nunca el ardor de una vela se ha parecido tanto a algo: te deshaces entre mis dedos, siento el crepitar de tu garganta y la danza de tu piel fluyendo a gotas, estás irremediabilmente en fusión con mis gritos, mis ansias de ser abrasado, de consumirme por dentro y ser transformado en humo.

Afuera la noche avanzó fría y a tientas sin que nos diéramos cuenta. Y las velas, conscientes tal vez de su inutilidad durante el alba, se han ido quedando sin forma, sin luz, sin fuerzas, sin compasión; justo como el sueño, que a veces permanece un instante tras el solitario despertar.

almohadas

He llegado a creer que mis almohadas no funcionan y, peor aún, que me he acostumbrado a ello. Todas las noches sin excepción poso mi cabeza sobre una de ellas mientras abrazo a la otra estrechamente, rito que sigo religiosamente con la genuina intención de soñar durante la noche, y que sin duda pudiera ser motivo de estudio para algún psicólogo. Sin embargo, a pesar de todo, al amanecer me encuentro con que si soñé no puedo recordarlo, o bien que mi almohada, objeto sobre el que normalmente enfoco mis deseos de soñar, no sirve para nada. Claro está que me doy cuenta que esta manía de culpar a un objeto por mi falta de creatividad subconsciente es absolutamente inútil e irresponsable. Porque si algo hacen las almohadas es esforzarse sumisamente por llenar nuestras necesidades nocturnas. Sé que lo que realmente debo hacer es aprender a soñar, o más bien, a recordar, porque tampoco puedo seguir creyendo que mi mente dormida no va a ningún lado por las noches.

La almohada es, sin embargo, un aliado invaluable. De un buen sueño, cómodo y reconfortante, depende en mucho un buen soñar (nunca he estado contento con el hecho de que una misma palabra, “sueño”, designe dos actos que, aunque en ocasiones son mutuamente dependientes, son de naturaleza claramente distinta: *dormir* y *soñar*. Deberíamos inventar una palabra nueva). Siguiendo con el razonamiento inicial, llegué a concluir que probablemente la solución estaba en robar o invadir sueños ajenos, esto es, dormir sobre la almohada de alguien más y, sin pedir permiso, tomarle como guía fuera de mi oscuridad. Fue así como comencé a dormir en otra cama, y no contento con ello, llegué incluso a tomar por almohada el cuerpo que soñaba a mi lado, cierto siempre de que soñaba gracias a que le oía hablar, unas veces asustada y otras diciéndome a mí, pero en su sueño, que me amaba. Cuando me di cuenta de que yo podía estar en los sueños ajenos, pero no en los míos, y que ella era capaz de contestar mis preguntas aún estando profundamente dormida, enloquecí. Decidí robarle sus sueños, manejarlos, tratar de vivirlos y sentirlos. Pero aparte de sentirme miserable, no conseguí jamás sentir que eran míos, ni soñar tampoco en absolutamente nada propio.

Decidí entonces hacer lo más trivial y vulgar: consultar, sin mayor exigencia, a mi almohada, cosa que todavía sigo haciendo hasta hoy sin obtener más que resultados mediocres. Aprendí finalmente que una almohada es sólo un suave hervidero de ácaros, mas no de sueños, y que aunque ese sueño pudiera eternizarse y ser la misma muerte, es necesario saber que tampoco hay almohada para un sueño eterno.

micrófonos

Leí hace tiempo, no recuerdo dónde, acerca de un científico que dedicó gran parte de su vida a la investigación de los micrófonos. Leí también que había participado con gran éxito en los procesos de miniaturización de estos dispositivos años atrás y que sus aportes fueron de gran utilidad para labores de espionaje durante la guerra fría aun bajo las condiciones más adversas. Se le reconoció en aquel entonces por haber hecho posible la disolución de varios complots y escándalos y por echar luz sobre los misterios de la supuesta ausencia de ruido en el vacío del espacio. Pero a pesar de sus triunfos, el científico aún no había visto cumplido su deseo de aumentar infinitamente la sensibilidad de los micrófonos. Esto lo logró treinta años después, gracias al apoyo de no sé que importante compañía gubernamental —a la cual sólo él supo cómo convenció de financiarle— cuando lleno de una alegría que pareció infundirle una vitalidad inusitada, se dedicó por completo a buscarle aplicaciones a su perfeccionado invento. Probó, con gran éxito, monitorear y graficar el sonido melancólico de una lágrima al deslizarse sobre la piel, tema sobre el cual debatió exhaustivamente con sus colegas, quienes demostraron ser incapaces de hacer una distinción entre el rodar de una lágrima y el de una gota de sudor. El científico aludió entonces a la física de las densidades de los fluidos para hacer callar a sus necios adversarios. Más aún, sabemos que dejó un grueso tratado de más de seiscientas páginas sobre este apasionante tema, que desgraciadamente no ha sido publicado, ni lo será nunca, pues sus herederos lo guardan celosamente. En él, nos dice un sobrino entrevistado del científico, se hablaba también de la rítmica meticulosidad de los pasos de las arañas y del tenue pero estremecedor sonido de las uñas al crecer. Los asistentes del científico, sin duda poco conscientes de la importancia de los trabajos en que participaban, no dudaron en vender, desde la clandestinidad, algunas de las grabaciones obtenidas gracias a aquel micrófono prodigioso, mismas que después vieron publicadas en desapercibidos discos de *New Age* bajo títulos sugestivos como “A velvet wood”, “The gentle growth of a hair”, “Music by the air: Through a trembling spider’s web” o “The secret soul of stones”.

Hoy el revolucionario micrófono, remataba el artículo, está confinado en las bodegas del Museo Smithsonian, quizás registrando aún la ensordecedora caída del polvo a su alrededor. Por su parte, el inventor yace al parecer enterrado en el solar de la quinta familiar, lugar en el que con tristeza vivió los últimos años de su vida — una vez aceptada la absoluta inutilidad de sus estudios— y donde fue discretamente sepultado en un funeral que o bien hizo poco ruido o del que nadie tuvo jamás noticia alguna.

flores

Decía un antiguo mito mesoamericano que lo primero que creó *Ipalnemohuani*, Aquél Por Quien Todo Vive, fueron las flores. Digo "decía" porque yo mismo hice la paleografía que un conocido me pidió de un manuscrito del siglo XVI que le habían heredado, mismo que después vendió a no sé qué norteamericano que le ofreció una buena cantidad. Por desgracia ahora nadie sabe dónde fue a parar tanpreciado documento. Lo único que queda es la versión al español que pongo a continuación, en cuya exactitud me he esmerado, y una transcripción del texto en náhuatl que comienza diciendo: *Nican moitoa yn ompa yn tzintiliztli moyocoyani yn icactimaniliz uey yxtlauatl...*

"Aquí se dice cómo allí, en el principio, en la inmensa llanura de su soledad, El Que Se Inventa a Sí Mismo sacude sutilmente con sus manos los colores que adornan sus vestidos, su rostro desconocido; ya caen sus tintes, se esparcen por el suelo, quedan dispuestos. Ipalnemohuani entonces los barre, los junta; de sus ojos cristalinos hace fluir el agua y con ella él amasa, moldea los colores para darles las formas más diversas. Ya canta, ya se alegra al verse en un jardín lleno de flores hermosas. Las flores se mecen con la brisa de su aliento, pero el dios nota que nadie más puede alegrarse con sus creaciones, y siente pena. Entonces se pregunta: «¿Dónde habrán de vivir las flores? ¿dónde echarán sus raíces, se harán verdaderas? No aquí, ciertamente; que se tiendan mejor las tierras, donde ahora no hay nada, y queden rodeadas de agua, que broten los mares y en el cielo caminen los guerreros que escojamos para encarnar al sol y la luna» Y ya el dios pisa la tierra por él forjada; siembra las flores, extiende sus raíces, mira el campo reverdecer bajo sus pies. Pero no ve a nadie más ahí tampoco; él es el único en la lejanía, se sabe dueño de la proximidad, está solo. Se dice: «Mis flores, mis cantos, los hijos de mi rostro, ¿a quiénes alegrarán?» Al punto toma blancas flores de maíz, toma mazorcas; las muele entre sus dedos, forma un hombre, lo arropa en un hueco de su manto, le hace caminar y dice: «Sean los hombres los guardianes de mis flores; sean las flores su palabra, su canto, sean ellas el recuerdo de su brevedad, de su hermandad, de su belleza». Y antes de partir Aquél Por Quien Todo Vive esconde el maíz con el que formara al hombre en el corazón de un cerro, lo protege. Ahora la tierra es un florecer, un continuo brotar de color; nosotros como en un sueño caminamos entre flores, sobre la tierra. Vamos allá, marchamos sin remedio a la Casa que andamos buscando, nuestra negra casa de la noche, pero ciertamente hasta allá irán también las hermosas flores..."

luna

En realidad no hay Luna. Se trata tan sólo de una idea fija en la profundidad de nuestras mentes que el hombre se ha empeñado en transmitir a través del tiempo. De un modo casi genético, nuestros sentidos han aprendido a dibujar esta idea en el cielo, a verla esconderse rápidamente detrás de las nubes e incluso hacerla responsable de las mareas. La verdad es que hacía falta algo en el cielo nocturno, poblado de estrellas y luces tan lejanas que con seguridad hicieron que los primeros hombres se sintieran solos y empequeñecidos. Fue entonces una noche, tal vez alrededor de una hoguera, que de común acuerdo la Luna fue creada con base en una idea simple. Ahora habría luz en las tinieblas. Los padres señalaron a sus hijos el lugar en el que estaba y habrían de hallarla todas las noches; les hablaron de su infinita blancura, redondez y cercanía. Así, durante muchos años, muchos siglos, la Luna permaneció a la vista de todos. Pero eran pocos los que lograban ponerse de acuerdo acerca de su aspecto, por lo que surgieron diversas religiones, basadas en otras tantas creencias, las cuales causaron una división tan grave entre los hombres que casi fue la causa de la desaparición de la Luna. Por fortuna no fue así, porque en medio de las álgidas guerras y discusiones un pequeño pero decidido grupo de científicos comenzó a difundir la idea de que la luna se movía. Ante tan revolucionaria propuesta miles de hombres y mujeres se escandalizaron, pero al mirar el cielo hubieron de rendirse ante la evidencia; la Luna no sólo parecía moverse, sino que —como a su vez un grupo de dramaturgos hizo notar— su movimiento le confería diferentes aspectos cada noche. Posteriormente se debió a una primitiva feminista el establecimiento de la duración del ciclo lunar, basado sin duda en el período de fertilidad humano, y que ha tenido una gran aceptación hasta nuestros días. A otra mente genial (lamentablemente anónima) se le ha atribuido el descubrimiento de las fases lunares, básicas para la cabal explicación de los diferentes grados de luminosidad y contornos de la Luna, y que de paso aclararon el misterio de la súbita desaparición del cuerpo celeste durante las dos últimas noches del ciclo, hecho que había señalado con anterioridad un célebre poeta ciego de la antigua Babilonia.

Hoy la Luna es el símbolo del triunfo de las ideas. Es algo tan palpable que de hecho hemos visto gente viajar a ella y caminar en su superficie; posee mares y montañas, valles y casquetes polares con agua congelada. La Luna es uno de esos pocos sueños que han tenido la virtud de poder estar en otros sueños, y éstos en otros, infinitamente, hasta la realidad. Pues quién nos dice que la realidad no es sino un sueño redescubierto cuyo origen en el tiempo hacía mucho que estaba olvidado.

cloacas

Nadie pone demasiada atención al hecho de que justo debajo de nuestros pies, fluyendo intrincada y viscosamente, se encuentra una parte de nosotros mismos. Durante largos años que con calma se han convertido en siglos, nos hemos ocupado de cavar bajo las calles de nuestras ciudades e insertar interminables tuberías con la capacidad suficiente para alejar de nosotros los residuos que tanto deploramos. Y sí, allá abajo, entre millones de litros de agua ennegrecida por el polvo que cubre los pavimentos y los empedrados, flotan también pedazos de hombres y mujeres; despojos, pues no puede dárseles otro nombre, que al ser lanzados por nuestros caños y descomponerse en su camino a los lejanos ríos y mares darán como resultado el inconcebible olor de las cloacas.

Despojos que, sin embargo, son mayormente involuntarios, pero en todos los casos necesarios. Freud llegó a preocuparse por estos deshechos —los involuntarios— refiriendo la supuesta nostalgia que siente o debía sentir un hombre al verse aliviado y separado de ellos. Según esto, admitir que *una parte* de nosotros se va por el caño puede dejar secuelas emocionales relevantes. Y yo, quizás pecando de ignorante, me pregunto entonces por las sobras de nuestros cuerpos de las que nos deshacemos voluntariamente. De seguir a Freud, forzosamente habremos de llegar a la conclusión de que todos nosotros no seríamos sino una masa desaliñada de pelos colgantes, tal vez limpios pero sin duda inmensamente largos; engendros inútiles a causa de las larguísimas y retorcidas uñas en manos y pies; irreconocibles costras de excreciones mucosas, culpables y repugnantes, paradójicamente, por haber lanzado a las cloacas sus propios excrementos.

Llenas como están de aquello que poseíamos antes del baño, las cloacas son el hogar, el moderno caldo de cultivo de muchos de nuestros tiempos pasados. Allá abajo nos conocemos y fusionamos, por fortuna, sin saberlo. Tal vez sea por eso que las evitamos tanto, porque fueron hechas para llevarse lo que no nos gusta, lo que consideramos sobrante, prescindible y que nadie debe ver. El mundo construye pero no tiene cabida real para las cloacas, laberintos que a pesar de ser creaciones humanas nadie desea transitar excepto las ratas y una infinidad de cosas invisibles que en realidad subsisten a expensas nuestras. Es esta bizarra relación simbiótica entre el hombre y la cloaca la que en realidad debería ser estudiada por la psicología, en vez de por la arquitectura urbana y la ecología, que si bien cumplen con brindarnos un mejor entorno, difícilmente podrían explicar porqué caminamos tan felices sabiéndonos tan lejos.

camas

Cuando uno contrae alguna enfermedad o padecimiento que lo obliga a estar confinado entre un colchón y un sarape, se da realmente cuenta de lo que es una cama y de todo lo que la ignora uno cotidianamente. Basta una cuarentena, de esas que los doctores de antes siguen prescribiendo, para apreciar detalles de la cama que anteriormente nos hubieran parecido buenos; resulta que la blandura del colchón comienza a tornarse en resortes rechinantes, y aquella superficie de tela supuestamente tersa de pronto revela estar ribeteada con incómodos botones de colores. Estas circunstancias, que de haber utilizado la cama para lo que es (hacer el amor y dormir, es decir, ocuparla por un breve tiempo cada vez) quizás nunca habríamos lamentado, tienen la capacidad de poner de un humor negro a cualquiera. Debe ser por eso que hoy los doctores hacen que sus pacientes se levanten cuanto antes y anden paseando por ahí; tal vez, en el fondo, lo que quieren es que el enfermo no los demande, no por una operación o un tratamiento mal hechos, sino por haber salido de la convalecencia con un dolor insoportable de espalda que antes no tenía o una torcedura de cuello propiciada por las almohadas asépticas, planas y empedernidas del hospital.

A pesar de todo la cama tiene todavía muchas capacidades. En ella la humanidad pasa horas de sano esparcimiento, es el sitio de convergencia de las más bajas pasiones y los más encomiables sentimientos. Podríamos incluso ir más lejos aún y enmendarle la plana a Borges (Si acaso eso fuera posible): no es el espejo, sino la cama, el instrumento fatídico mediante el cual el hombre se reproduce infinitamente.

Yo en especial recuerdo una cama específica. Tenía un horrible color anaranjado, pero era grande y —milagrosamente— silenciosa e inmóvil. Creo que nunca le encontré otro defecto que el color; era un ente fiel y resistente (Miento, tenía el defecto de hacerme estornudar y constiparme la nariz. Odio el pelo de gato). En ella hice y deshice, cuidé, enfermé, amé y lloré. A sus pies me arrodillaba para escuchar, admirar y aprender. En ella viví un tiempo muy feliz. Sin embargo, como todo, un día hube de dejarla. Hoy esa cama es sólo un recuerdo que con dificultad he tratado de sustituir. Porque hay muchas camas en el mundo; unas cómodas, otras deleznable, las más, pasajeras. He descubierto además que el secreto es encontrar una cama que podamos llenar por completo, y así, junto a quien duerma encima y a nuestro lado, hacer de ella algo tan sólido que nos impida recordar las camas anteriores y nos deje jugar y dormir tranquilos aunque sea por algunos años más.

hojas

basta que llegue el verano para darnos cabal cuenta de que los arboles tienen hojas que suelen ser movidas balanceadas agitadas y arrancadas por un viento que atroz las arrastra por lugares insospechados frente a nuestros ojos y bajo nuestros pies al igual que los cabellos que caeran durante ese día que vemos amanecer con las hojas caidas estrellandose en la ventana mientras dejamos a los cabellos irremediabilmente confinados en almohadas y sabanas en cuyas telas vemos burdamente estampadas hojas secas o al menos el color que toman estas al verse separadas de aquello que les daba en vida un verdor incomparable y que se parece tanto al color de algunos pares de ojos que llegan a cruzarsenos subita y fortuitamente en nuestro camino bardeado de sueños y tapizado de hojas que habiendo perdido la batalla contra la sequedad se quiebran con ruidosos quejidos al mismo ritmo de nuestros pasos esperando quizas con una esperanza tan esteril como sus cuerpos que sigamos caminando en la misma direccion y no nos demos cuenta de esa fatal fragilidad que por el momento y para siempre es su unica posesion ademas de una nostalgica tonalidad rojiza que lamentan con gran estruendo al compartir la misma suerte de las rocas pateadas e ignoradas sin consideracion como si tuvieran la culpa de estar ahi a pesar del terrible viento que solamente logra envolverlas y acariciarlas mientras que a ellas las transporta sin rumbo visible pero indudablemente premeditado hacia donde sin siquiera imaginarlo seran parte de sueños llenos de alegrias tristezas prosas o poemas tan eternos como el violento otoño que soltandoles la mano una vez las vio partir hacia una efimera inmortalidad en la memoria de la mirada

cielos

Veo al Cielo como a una inabarcable metáfora de la tristeza: triste cuando desierto y azul se ve abandonado de nubes; triste cuando grisáceo y revuelto esconde la profundidad de ese azul inhóspito; triste al ser surcado por pretenciosos seres terrenos con delirio de pájaro; triste por albergar noches y guaridas de dioses incomprensidos; triste al ver los intentos realizados para descifrarlo; triste al envolver estrellas sin poder tocarlas tampoco; triste mar, triste nada; triste prisión de sueños y esperanzas; triste inmensidad de la que ningún historiador serio escribe una *historia*; triste al ver pasar los tiempos en inútil contemplación; triste al estar atado a una tierra que no hace sino desearlo; triste combustible sin probabilidad de fuego; triste estar, triste ser; triste refugio, sordo, de voces y lamentos hoy muertos; triste presa de fotografías curiosas; triste ambición de forma; triste película de cuadros irrepetibles en busca de un orden, una ley, una lógica; triste al saberse inestable recipiente de infortunios o alegrías; triste cuando al verse imaginado carece de voz para corroborarlo; triste cada tarde al iniciar el trazo de una luna en monótono andar; triste ardor, triste frío; triste observador sin ojos visibles; triste al sentirse acogido por tantas miradas; triste y sedienta explosión de aguas viajeras; triste padre de vientos que acarician rostros, cabellos y cuerpos sin compartirle nada; triste al verme bajar la cabeza, y aterrado, no encontrar los ojos donde una gota salada y solitaria se llevaba hace un minuto el último rastro de alegría que, reflejado, le restaba.

mares

¿Y si un día despertáramos con la certeza, el cabal convencimiento de que siendo tan salados como las lágrimas, los mares no son otra cosa que melancolía sobre la que adoramos navegar, bogar a ciegas, ahogarnos sin la resistencia que pudiera esperarse frente a una amenaza tan grande como nosotros mismos?

¿Y si la brisa resultara ser la inmensidad de los recuerdos, de horas apagadas y frías a causa de la soledad, como mensajes que sobre la playa dejamos a nuestras espaldas para ser transcritos, llevados lejos por una marea tan inevitable como la angustia de un pez perseguido al tocar la arena?

¿Y si en realidad los ojos contienen mares, universos cercanos pero insondablemente aparte, convertidos en palabras vanas y recuerdos mudos que luchan por gritar y desbordarse en un oleaje de miseria que no termina?

Sabrías que han sido mares llorados los que ahogan mis horas sin respuesta en esta orilla lejana.

árboles

Alguien se pierde una noche de sombras y destellos móviles que se filtran para dar vida a lunas pasajeras y decadentes destellos solares de palidez mortal. A sus pies se tiende un suelo invadido, violenta y lentamente ultrajado a través de años o siglos de empeño y defensa. Sus manos se han vuelto ojos. Escudriñan hendiduras y cicatrices ásperas, frágiles; adivinan bajo las grietas aros de historia concéntrica provenientes de edades que fueron vistas pasar sin que la memoria les concediera otro espacio. Una voz emana de ese cuerpo en quietud, un suspiro sin fuerzas en un lenguaje desconocido. Algo dice que envuelve como una penumbra protectora, una sucesión de notas que se dibujan en el viento al rasgar los cielos incrédulos. Se unen a este murmullo cientos de murmullos que alrededor cantan sobre pautas de agitación, música escrita en las hojas cautivas de una biblioteca verde. El tenue palpitar parece ser una invitación al abrazo y a la unión de sangres, a la orgía de heridas y curaciones mutuas celebradas por una multitud de brazos crujientes en complicidad perpetua con los amaneceres. En ellos algunas palabras crecen, mecidas y tentadas por el vacío. Son relumbrantes pedazos de sueños, coloridos anhelos de permanencia con ilimitadas posibilidades de éxito. Las manos temidas contemplan la altura sin atreverse a aceptar su pequeñez manifiesta y no hacen más que callar, aferrándose a ese pedazo de vida inmóvil que se eleva cada instante en busca de un saber que sabe prohibido pero acaricia y comparte ayudado por los gritos de las aves.

Sin que nadie lo sepa Alguien ha nacido en mitad del bosque.

lluvia

No es raro escuchar la lluvia después del ardor. Llega sin dar aviso, sin aclarar por cuánto tendremos su ritmo armónico y al mismo tiempo descompasado que hasta ahora permanece inimitable. Las gotas, los chorros, chocan sobre la tierra entre gritos de dolor, alaridos de angustia y guerra encerrados entre los bordes del precipicio impalpable del viento. En el suelo el campo de batalla es un desastre apenas concebible y los guerreros aún estallan entre risas de gloria y un continuo fluir de sangre celeste. Al fondo el ensordecedor retumbar de los fuegos furiosos, que sin llama quiebran una oscuridad que no se anima a desaparecer por completo. Las almas de los muertos han comenzado a fluir en busca de su entierro, tanteando las grietas y deseando escapar de las raíces captoras para encontrar al fin la vastedad del caudal subterráneo que habrá de conducirlos a la paz. Otros combatientes, quizás más afortunados, salvan la caída y el impacto aferrándose a la carne, a los cabellos de quienes, en la soledad, hemos perdido el rumbo y nos vemos de pronto copados en mitad de la refriega sin ánimos de correr entre los desechos crepitantes del enfrentamiento. En nuestra piel las gotas sobrevivientes encuentran el recuerdo de la tibieza que una vez las hiciera levantar el vuelo hacia su viaje de seguro y doloroso retorno, y ahí, temblando, se niegan a morir como ese ejército que yace y transita alrededor. Quisieran que su muerte se convirtiera en aliento, y ya sin miedo se dejan escurrir por nuestros resquicios, por nuestros infinitos huecos, con el anhelo de ser confundidas e incorporadas a otras filas, otros escuadrones sin nombre que con suerte tendrán la posibilidad de ser consumidos en hirvientes batallas cuerpo a cuerpo, donde el mismo ardor incomprensible sea capaz de enviarlas al olvido, desapareciéndolas como harían como un espíritu que, sin voluntad, se supo amado al menos una vez.

sangre

Resulta difícil comprender que sólo sintamos el denso y rítmico fluir de nuestra sangre en situaciones realmente angustiosas. Es como si solamente presas del temor o la agitación o el amor lográramos notar que estamos repletos de algo que además tenemos prohibido ver o desperdiciar. Tal vez sea por ello que nuestra curiosidad, nuestro morbo, se enfoquen en la sangre del *otro*, misma que estamos dispuestos a ver despilfarrada en desplantes heroicos o actos irreflexivos, en los que participamos con un inalienable sentimiento de lástima que nos hace sentir redimidos. Porque la sangre ajena resulta tan definitivamente atrayente que incluso forma parte esencial de nuestras religiones, donde los dioses se ven forzados a derramarla para ser creíbles. A nosotros, los simples mortales, nos gusta más bien jugar. Sabiéndonos casi perfectamente impermeables solemos retar a la sangre a encontrar un camino hacia afuera, donde sin duda nada sería sin nosotros. Mas como distamos mucho de ser perfectos, algunas veces perdemos y optamos por el satanizado recurso del canibalismo, con el que forzamos a nuestra sangre a reintegrarse a su sitio a pesar de que deba ser destruida en el intento. Rara vez, sin embargo, tocamos o bebemos la sangre ajena. Tales prácticas, que difícilmente pueden ser comprendidas en otros términos que no sean los de la piedad o el amor verdadero, resultan ser las únicas condiciones válidas para hacer que nuestros cuerpos ignoren el asco, brindándole a la vida, que sólo pide un contenedor tibio al cual infundirle movimiento, un respiro en su soledad. Quizás por eso pensamos que la frialdad de la sangre tiene que ver con la maldad, la valentía o la definitiva ausencia de humanidad. Derramarla debe ser, por tanto, a causa de algo que humanice todo lo demás, pues de otra forma sería un acto inútil. A causa de esto, y de nuestro egoísmo, todo tiene sangre: dios, los cielos del crepúsculo, la luna e incluso el amor; su fluir interminable nos infunde la certeza de no estar muertos o abandonados en un lugar donde la única esperanza consiste en vivir mediante el recuerdo para siempre.

libros

Al igual que Verne, muchos como yo habrán soñado con la posibilidad de estar hojeando un libro viejo y encontrar en él el rastro de un lector del pasado. Tal vez sea demasiado pedir un pequeño papel con un poema o una frase inédita además del ya apreciable polvo acumulado y el amarillento resquebrajarse de sus páginas. Esas, sin embargo, son pequeñeces que ningún libro recién impreso, por más satisfacción que cause poseerlo, podrá jamás igualar. Entre las hojas de un libro usado viven por siempre sus dueños anteriores, a quienes habremos de creer muertos o desheredados para entender que su propiedad fuera a parar a los anónimos estantes de un traficante o librero. En poco se valoran ahí su olor, las huellas de uso o deterioro: esquinas dobladas a manera de separador, manchas oscuras dejadas por un dedo cientos de veces ensalivado, apostillas y enmendaduras, inexplicables subrayados de frases e ideas que nos parecen inútiles, el escurrimiento malévolo de un líquido misterioso, cabellos y cenizas atrapadas en el recóndito doblez central, besos, respiraciones, alientos invisibles de quién sabe cuánta gente embebidas en sus páginas, sellos, firmas, ex— libris y dedicatorias; ese infinito de cosas que quedan en un libro antes de llegar a su dueño final, si es que existe la figura de tal personaje. Porque si un libro no pasa de mano en mano por siempre, si no es regalado, compartido, robado o al menos deseado como a la mujer o el hombre del prójimo, bien puede decirse que tuvo una misión fallida. Sería sin duda preferible que se desintegrara en manos de alguien que lo hubiera deseado desesperadamente eterno y que acaso pretendiera rescatarlo para alguien más, dándole en el intento una oportunidad de resurrección a algo que para muchos está tan muerto como los árboles que fueron cortados para crearlo. Un libro muerto, sin embargo, es sólo aquél que, nuevo y empaquetado, aún huele a tinta fresca; aquél que a pesar de su edad no ha tenido la suerte de ver sus hojas refinadas ni ha sido asesinado por el abrecartas o las manos profanas. Porque al libro, bueno o malo, hay que hacerlo vivir día con día hasta imprimirlo en un lugar privilegiado del que no se borre nunca. Y ese lugar no es otro que la memoria.

hielo

No hace mucho tiempo, intenté escribir una inútil historia del hielo. El trabajo era entonces para mi de alguna manera tentador, porque me daba la oportunidad de otorgarle rasgos humanos al hielo, que incluso llegó a tener una voz propia. En realidad esta supuesta voz no era otra cosa que alaridos; era ese ruido terrible que uno puede tener la mala suerte de escuchar al poner pedazos de hielo en un líquido a temperatura ambiente, y que en realidad son rechinos, quebraduras y el comienzo de una lenta muerte por desvanecimiento. Sonaba atractivo convertir al hielo en una víctima de la insaciable codicia humana, de su perpetua búsqueda del placer y el efímero bienestar. Una historia del hielo bien hubiera podido cubrir su pretendida eternidad, representada por aquella única oportunidad de gobernar el mundo que, hace miles de años, tuvo el hielo cuando en su ataque destruía y preservaba todo a la vez. En medio de ese caos ambiental, con grandes extensiones de hielo cubriendo la tierra y haciendo bajar sensiblemente el nivel de los mares, el hombre primitivo debió sentir que la muerte fría se arrastraba lenta pero inexorablemente, forzándolo a buscar refugio en las zonas ecuatoriales del planeta. Sólo ahí, tras largos siglos, por fin establecido y a salvo de las glaciaciones, lograría madurar en su mente una gran paradoja: en su perenne inconformidad, aquel ser humano atosigado por el calor y la desesperanza llegaría a sentir una irreprimible nostalgia por el hielo. Lo deseaba recorriendo su garganta, preservando sus alimentos y hasta como vehículo de su inmortalidad. Estaba lejos de contar con que su búsqueda tecnológica de ese y otros placeres traería consigo alteraciones atmosféricas que con el paso del tiempo llegarían a amenazar el último refugio del hielo, derritiendo los casquetes polares y haciéndolos retroceder lentamente presas del calentamiento global, que fuera ya de control planea para nosotros un planeta inundado y al mismo tiempo desertificado. No contento con ello, el hombre ha dado en depredar también los helados fragmentos flotantes desprendidos de esos antes insondables polos con el pretexto de que ese hielo milenario, a diferencia del que podemos crear en pocos minutos dentro de un congelador, burbujea en nuestros cócteles proporcionándonos placeres que pocos tendrán la fortuna de experimentar y pagar. Aquella triste historia del hielo, sin duda de tintes marxistas, era en pocas palabras la del habitual tirano que, tras la revuelta, se ve forzado a dimitir y a convertirse en el personaje vilipendiado. Bien visto hoy, el proyecto no era más que una estupidez. Me alegro de nunca haberme decidido a escribirlo.

estrellas

Esta vez, sin embargo, salidas del alma y en perpetua búsqueda de unos ojos donde hallar refugio, las estrellas comienzan a arrastrarse lentamente entre las sombras hasta hacer suya una ventana. Se podría decir que están construidas de ficciones, que son artificios los que las hacen alinearse y formar mapas celestes, hogares de bestias y héroes. Se diría también que son anhelos de una raza encerrada en un insuficiente pedazo viajero de tierra, o bien, destino final de una multitud de sedes ciegas jamás saciadas.

Agujeros brillantes en el oscurecido mar que alguien ha intuido en alturas apenas imaginables, las estrellas debieron aprender a ser guía y a ser necesarias. Tal vez con ello han realizado el eterno deseo que todo ser tiene de ser admirado, aunque para ello hayan debido renunciar, tal es su infinidad, a la pretensión de ser únicas; quizás sólo se sepan espejismos, reflejos del intento de otro dios esforzado por dejar en claro, éste sí, su unicidad.

Y este enorme cúmulo de ideas que nuestros ojos-ventanas-observatorios corpóreos han logrado recrear sólo pueden ser traducidas como caricias en los limitados lenguajes terrestres, en demostración de una pequeñez mal aceptada, en envidia de cuello erguido e incluso hasta en un leve atisbo de poesía que no logra sino bosquejar, pretenciosamente, el valor incalculable de lo que no está.

aviones

Tal vez no resulte tan difícil de explicar el lento abandono de la vocación terrestre al que el género humano se ha venido dedicando con tanto ahínco los últimos tiempos. Con el paso de los siglos la tierra firme se ha hecho cada vez más pequeña y predecible, por lo que no han faltado mentes volátiles capaces de imaginar que con sus cuerpos pueden alcanzar las alturas sin morir necesariamente en el intento. La invención de los aviones responde probablemente a la materialización de una de tantas envidias humanas. Compartir el mundo con criaturas poseedoras de la habilidad para levantar el vuelo con estilo y agilidad, lejos de ser una oportunidad para la contemplación de la naturaleza desembocó en una absurda necesidad de adquirir alas que ampliaran su horizonte y dieran sentido a la miseria de ser pedestre. Pero el hombre carece de la virtud de la humildad y valora poco el beneficio de la satisfacción, porque una vez alcanzado el cielo su preocupación fue desarrollar velocidades vertiginosas que ningún otro ser fuera capaz de alcanzar. Así, envueltos en armatostes de acero, hemos visto colmados también nuestros anhelos de transportación, acrobacia y superioridad. Aunque estas habilidades no estén del todo bien, hay que admitirlo, pues por más que se han copiado las técnicas y el diseño de los pájaros para la creación de mejores y más naturales aviones, aún no se tiene registrado, como con los aparatos voladores artificiales, el caso de ningún ave que se haya venido a pique espontáneamente o por fallas técnicas dejando sus restos esparcidos por los suelos y de paso algunos cientos de garrapatas y ácaros muertos o apenas reconocibles entre los escombros —poco antes cómodamente instalados y alimentados— sin esperanza alguna de volver a cruzar los aires, como no sea misericordiosamente alados por la mano de Dios y en camino a ese cielo prometido donde podrán por fin olvidar lo terrestre por toda la eternidad.



Atribución-No comercial-No Derivadas 2.5 México

Eres libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.

Bajo las condiciones siguientes:



Atribución. Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.



No comercial. No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



No Derivadas. No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal (la licencia completa).